

proposiciones de paz que le hacian sus mismos enemigos al atacarlo. Trujillo cedió al fin; pero cometiendo la mas torpe de las vilezas, fingiendo oír á los parlamentarios les dejó acercarse, y antes de que concluyesen de hablar gritó á sus soldados: *A ellos batallones, fuego.* Semejante conducta, que habia de ser condenada mas tarde en la misma España, irritó á los insurgentes y el ataque principió con nueva y mayor fuerza. Serian las cinco de la tarde cuando Trujillo, viéndose desalojado de todas sus posiciones, emprendió no la retirada, sino la fuga á México, abandonando sus cañones y seguido por la caballería insurgente, se dirigió á la Venta de Cuajimalpa; en esta huida se le desertaron los soldados en masa y los ginetes enemigos penetraban hasta sus filas incitando á los fugitivos á que abandonasen la causa de España. Trujillo, de Cuajimalpa pasó á Santa Fé, donde llegó con cuarenta hombres y despues á Chapultepec, donde dió el parte de la accion considerada como un triunfo por el virey y sus adictos.

Así terminó esta batalla en la que ambos contendientes sufrieron numerosas pérdidas; Trujillo, que habia avanzado hasta Toluca con unos tres mil hombres, volvió á México apenas con quinientos, y el ejército insurgente compuesto de masas de indios que se precipitaban sobre los cañones enemigos, dejó sembrado de cadáveres el sitio de la accion. Si se considera la indisciplina de los insurgentes; si se recuerda que apenas vendrian armados unos mil hombres, y que Trujillo contaba con soldados disciplinados y con gefes inteligentes, no se puede menos de considerar como un triunfo espléndido para las armas de México, esta batalla que abrió á Hidalgo las puertas de la capital de Nueva-España.

XXVI.

Desde que se supo en México la entrada de Hidalgo á Toluca, la agitacion de los ánimos, el terror de unos, el mal disimulado gozo de otros, la inquietud de la plebe y los aprestos militares, conmovieron á la ciudad que hacia trescientos años no escuchaba mas ruido militar que el de las salvas en las juras del rey ó el de los cohetes en las procesiones y fiestas religiosas. Parece que la primera determinacion del virey fué la de retirarse á Veracruz; pero alentado por los auxilios que le ofrecian D. Gabriel Yermo y otros capitalistas españoles, se decidió á resistir, formando su línea de batalla en el paseo de Bucareli. Entre tanto, las personas acomodadas ocultaban sus tesoros y alhajas en los conventos; el virey tomaba disposiciones con una serenidad que era la que mas confianza inspiraba á los vecinos españoles, y las monjas hacian rogativas por el exterminio de los herejes. Representó en dicha ocasion un sainete religioso de ninguna trascendencia, á ejemplo de Hidalgo, que para atraerse partidarios habia invocado el nombre de la vírgen de Guadalupe, los españoles invocaron el de la vírgen de los Remedios, traída por esos dias á México por el capellan de su santuario; se la hizo generala, se le dirigieron invocaciones, se la colocó en la catedral, y sin embargo, su nombre no fué como el de la de Guadalupe, un grito entusiasta de guerra.

Bastante ridículo era el espectáculo de que la madre del Dios del cristianismo, á semejanza de los dioses de la Iliada,

serviera de patrona á dos bandos opuestos bajo diferentes disfraces; pero en honor de la justicia, debe convenirse en que la invocacion que hizo Hidalgo de la imagen de Guadalupe fué una idea grandiosa, porque excitó el sentimiento popular y dió como un fecundo resultado el levantamiento en masa de la poblacion indígena, mientras que la invocacion de la vírgen de los Remedios, hecha por el virey, no sirvió ni para inspirar valor á los soldados que en el campamento del Paseo temblaban de tal modo, que formaban un constante ruido con el choque de las llaves de sus fusiles y los botones de sus levitas, segun las espresiones de un testigo ocular.

El camino de la capital estaba abierto para Hidalgo; sus sus mismos defensores lo comprendian, y á cada polvareda que se veia en el horizonte, sobre las lomas de Santa Fe, cundia entre ellos la alarma y el terror. Todos creian que despues de la contestacion que recibieron el 1º de Noviembre los generales Jimenez, Abasolo y Güero de Zimapeo, parlamentarios de Hidalgo y quienes mandaron al virey la comunicacion que traian desde la avanzada de Chapultepec en donde fueron detenidos, el ataque no tardaria mucho; pero con gran asombro de la ciudad entera se vió que Hidalgo se retiraba sin aprovecharse del fruto de la victoria que habia tenido sobre Trujillo en las Cruces, y que le brindaba la entrada á la capital del reino. ¿Qué causas determinaron esta conducta? No es verosimil que le arredrase la idea del saqueo y del desórden que se seguiria á su entrada á Mexico, cuando consideraba esto como un mal necesario ó irremediable; tampoco es creible que Allende, que veia con desprecio aquellas masas de indios sin disciplina, las quisiese emplear en un nuevo ataque, cuando no hacia mucho tiempo repugnaba su cooperacion, de modo que no podia disentir de la opinion de Hidalgo; lo que explica esta retirada es la posicion misma del ejército insurgente, que por un lado encontraba una guarnicion que parecia resuelta á resistirlo, y por otro, se acercaba Calleja á marchas forzadas, y ademas, ca-

recia de municiones de guerra para sostener una accion prolongada, como se explica en este documento, que insertamos sin alterar su singular ortografía:

“El vivo fuego que por largo tiempo mantuvimos en el choque de las Cruces, devilitó nuestras municiones, en términos que convidándonos la entrada á México las circunstancias en que se hallaba, por este motivo no resolvimos su ataque, y sí el retroceder para habilitar nuestra artillería.

“De regreso encontramos el ejército de Callejas y Flon, con quien no pudiendo entrar en combate por lo desproveído de la artillería, solo se entretuvo un fuego lento y á mucha distancia, entre tanto se daba lugar á que se retirara la gente sin experimentar quebranto, como lo verificó.

“Esta retirada, necesaria por las circunstancias, tengo noticia se ha interpretado por una total derrota cosa que tal vez puede desalentar á los pusilánimes, por lo que he tenido á bien exponer á vd. esto, para imponga á los avitantes de esa ciudad, en que de la retirada mencionada no resulta mas grabamen que la perdida de algunos cañones y unos seis ú ocho hombres que se ha regulado peresieron ó se perdieron; pero que esta no nos debe ser sencible así porque en el dia está reunida nuestra tropa, como porque tengo montados y en toda disposicion, cuarenta y tantos cañones reforsados de á doce, diez y seis y de otros calivres y en diversos puntos, por lo que concluidos los mas que se estan basiendo y proveidos de abundante bala y metraya, no dilatare en acercarme á esa capital de México, con fuerzas mas respectables y temibles á nuestros enemigos.

“Me dirá vd. en contestacion como se hallan esos ánimos, que noticias corren con alguna provavilidad, que se dice de México, Tlaxcala, etc., y últimamente cuanto ocurra.

“Es regular, se hallan reunido los bienes de los europeos y el que se hayan vendido algunos, el dinero existente de estos, de rentas, y lo mas que pueda realizarse de acuerdo con el corregidor, me lo remitirá para la conclusion de mis disposiciones.

“Dios guarde á vd. muchos años. Cuartel general de Se-
laya, Noviembre 13 de 1810.—*Miguel Hidalgo*, generalísimo
de América.”

“La letra del presente es propia mia, y la firma la mismo
que usaba el benemérito *Hidalgo*, de quien era secretario.

“México, Octubre 5 de 1827.—*Ignacio Rayon*.”

La retirada era la medida mas prudente en aquel caso; distraido Calleja del Interior, y sublevadas casi todas las provincias del centro en favor de la independencia, no solo se evitaba una derrota, sino que se aseguraban todas las conquistas hechas hasta entonces, aprovechándose los inmensos recursos que brindaban las capitales y pueblos que habian secundado la revolucion.

XXVII.

Al retirarse *Hidalgo* del valle de México, gran parte de la indiada que se le habia unido de Valladolid á Toluca, se desbandó viendo frustradas sus esperanzas en el saqueo de México; pero dejó multitud de guerrillas y con ellas infundió el espíritu revolucionario como sucedia por donde quiera que pasaban los primeros caudillos de la independencia. D. Manuel Gonzalez, D. Pedro Rojas, D. Manuel Colin, D. Rafael Mercado, D. Florencio Vargas, D. Antonio del Río y D. José Quijada y Alquecira, hacendados unos, comerciantes otros y todos hombres de posicion y de fortuna, se levantaron en aquella época y hostilizaron durante once años al gobierno español en las cercanías de México.

Ya en aquellos dias habia aparecido D. José Antonio Tor-

res, honrado labrador, que de su humilde ranchería salió para dominar toda la Nueva-Galicia; Sayula, Colima, Zacoalco, se habian levantado por la independencia; Aguascalientes, Zacatecas y San Luis, estaban en completa rebelion, y el mismo Querétaro era amagado por chusmas indisciplinadas y sin armas. Tal era el estado de la revolucion en los momentos en que *Hidalgo* y su ejército se retiraban dejando á su espalda la capital. Las avanzadas de Calleja que venia al socorro de Mejía, se encontraron con las del ejército insurgente en las inmediaciones de Arroyozarco el dia 6. Ambos combatientes ignoraban su proximidad y los gefes insurgentes, segun su propia confesion, solo pensaron en proteger la retirada del ejército. “De regreso encontramos el ejército de Calleja y Flon, con quien no pudimos entrar en combate por lo desprovisto de la artillería; se entretuvo un fuego lento y á mucha distancia, entré tanto se daba lugar á que se retirase la gente sin experimentar quebranto como lo verificó” dice el documento citado antes, al hablar de la retirada de México, y aunque los partes del bando insurgente no merezcan mas fé que los del bando realista, no se puede menos de convenir en que la mentada batalla de Aculco fué un triunfo bien insignificante para el ejército español. El ejército insurgente que acampaba en Aculco, formó su línea de batalla en una loma que se extiende al Suroeste de la poblacion y frente á una barranca de arena; Calleja hizo avanzar tres columnas de infantería apoyadas por gruesas secciones de caballería, y llevando cada una dos cañones, dándose el caso notable de que algunos cuerpos del ejército real titubeasen y que la palabra independencia cudiese entre ellos á media voz, lo que probablemente ocasionara una defecion, si Calleja no se hubiera apresurado á contener aquel desórden. Segun la relacion de García Conde al virey, el fuego duró veinte minutos, y no pudo haber resistencia alguna, pues insurgentes y realistas pasaron por el pueblo de Aculco unos tras de otros sin producir las conmociones inevitables en un ataque tenaz y prolongado. Calleja se apo-

deró en esta jornada de los cañones quitados á Trujillo en las Cruces y de otros dos ó tres inútiles y de igual calibre; del parque que cayó en su poder solo se sacaban sesenta tiros de cañon y en cuanto á prisioneros y heridos, los primeros ascendieron á seiscientos y los segundos, aunque Calleja aseguró primero que eran tres mil y luego diez mil, por parte del justicia de Aculco, que recojió los cadáveres, se sabe que fueron ochenta y cinco y cincuenta y tres heridos, de los cuales murieron diez hasta el dia 15. Las banderas, las cajas de guerra, las reses, los papeles y otros objetos que cayeron en manos de Calleja, fueron abandonados por los insurgentes en su retirada, y el glorioso vencedor de Aculco, como se llamó mas tarde á Calleja, no hizo sino correr tras de los grandes grupos que se retiraban por el monte é ir recogiendo los desechos de un ejército que se desbanda y se retira. La batalla de Aculco no deshizo la fuerza de los insurgentes como asegura un historiador, aun quedaban en pié todas las ciudades principales del Interior, la bandera de la rebelion ondeaba todavía desde Guanajuato á Zacatecas, desde las serranías de San Blas á San Luis y por medio de una interminable serie de guerrillas, extendia su dominio hasta los alrededores de Acapulco, á donde empezaba por aquella época D. José María Morelos, sus heroicas campañas y su carrera de triunfos.

Desistiendo de atacar á Querétaro, que segun unos, fué el principal designio de los caudillos insurgentes al retirarse de México, Hidalgo se dirijió á Valladolid y Allende á Guanajuato, el primero á organizar regimientos y el segundo á defender la primera ciudad de importancia que habia caido en poder de los rebeldes. Verosimil parece que ambos obraran de comun acuerdo, tanto mas, cuanto que Allende reclamaba para Guanajuato los auxilios de Hidalgo con alguna autoridad, cuando este se resolvió á marchar á Guadalajara.

XXVIII.

Mientras Allende se preparaba á resistir en Guanajuato, Hidalgo levantaba algunas fuerzas en Valladolid, ayudado por el intendente Anzorena.

Prueba y grande de que el espíritu público si no estaba decidido por los insurgentes, no le era al menos hostil, es que poblaciones enteras, ciudades de primer orden como Guanajuato, Celaya y Valladolid, permanecian sin guarnicion alguna, con las autoridades nombradas por Hidalgo y fieles á la causa de la revolucion.

Hidalgo en Valladolid contestó al edicto de los inquisidores, en un documento que prueba su talento, su sagacidad y su conocimiento de los hombres y las cosas. En esta pieza que viene á probar que Hidalgo tenia un sistema preconcebido de gobierno, en la que no se cita á Fernando VII y que ha venido á dar un mentís á todos los detractores de los primeros héroes de la independenciam, despues de asegurar que siempre habia sido fiel á la fé católica, dice así: (1).

“Se me acusa de que niego la existencia del infierno, y un poco antes se me hace cargo de haber asentado que algun pontífice de los canonizados por santo, está en este lugar: ¿cómo, pues, concordar que un pontífice está en el infierno, negando la existencia de este?—Se me imputa tambien el

(1) Este manifiesto está íntegro en el cuadro histórico y en la coleccion de *Documentos relativos á la independenciam nacional*.—México, 1872.

haber negado la autenticidad de los Sagrados Libros, y se me acusa de seguir los perversos dogmas de Lutero: si Lutero deduce sus errores de los libros que cree inspirados por Dios, ¿cómo el que niega esta inspiracion sostendrá los suyos, deducidos de los mismos libros que tiene por fabulosos? Del mismo modo son todas las acusaciones.—¿Os persuadiriais, americanos, que un tribunal tan respetable, y cuyo instituto es el mas santo, se dejase arrastrar del amor del paisanaje, hasta prostituir su honor y su reputacion? Estad ciertos, amados conciudadanos míos, que si no hubiese emprendido libertar nuestro reino de los grandes males que le oprimian, y de los mucho mayores que le amenazaban, y que por instantes iban á caer sobre él, jamas hubiera yo sido acusado de hereje.—Todos mis delitos traen su origen del deseo de vuestra felicidad: si este no me hubiese hecho tomar las armas, yo disfrutaria una vida dulce, suave y tranquila: yo pasaria por verdadero católico, como lo soy, y me lisonjeo de serlo: jamas habria habido quien se atreviese á denigrarme con la infame nota de herejía.—¿Pero de qué medio se habian de valer los españoles europeos, en cuyas opresoras manos estaba nuestra suerte? La empresa era demasiado ardua: la nacion, que tanto tiempo estuvo aletargada, despierta repentinamente de su sueño á la dulce voz de la libertad: corren apresurados los pueblos, y toman las armas para sostenerla á toda costa.—Los opresores no tienen armas ni gentes para obligarnos con la fuerza á seguir en la horrorosa esclavitud á que nos tenian condenados. ¿Pues qué recurso les quedaba? Valerse de toda especie de medios, por injustos, ilícitos y torpes que fuesen, con tal que condujeran á sostener su despotismo y la opresion de la América: abandonan hasta la última reliquia de honradez y hombría de bien, se prostituyen las autoridades mas recomendables; fulminan excomuniones, que nadie mejor que ellas saben no tienen fuerza alguna; procuran amedrentar á los incautos y aterrorizar á los ignorantes, para que espantados con el nombre de anatema, teman donde no hay motivo de temer.—

¿Quién creeria, amados conciudadanos, que llegase hasta este punto el descaro y atrevimiento de los gachupines? ¿Profanar las cosas mas sagradas para asegurar su intolerable dominacion? ¿Valerse de la misma religion santa para abatirla y destruirla? ¿Usar de excomuniones contra toda la mente de la Iglesia, fulminarlas sin que intervenga motivo de religion? Abrid los ojos, americanos, no os dejéis seducir de nuestros enemigos: ellos no son católicos sino por la política; su Dios es el dinero, y las conminaciones solo tienen por objeto la opresion. ¿Creeis acaso que no puede ser verdadero católico el que no esté sujeto al déspota español? ¿De dónde nos ha venido este nuevo dogma, este nuevo artículo de fé? Abrid los ojos, vuelvo á decir, meditaad sobre vuestros verdaderos intereses: de este precioso momento depende la felicidad ó infelicidad de vuestros hijos y de vuestra numerosa posteridad. Son ciertamente incalculables, amados conciudadanos míos, los males á que quedais expuestos, si no aprovechais este momento feliz que la Divina Providencia os ha puesto en las manos: no escuchéis las seductoras voces de nuestros enemigos, que bajo el velo de la religion y de la amistad, os quieren hacer víctima de su insaciable codicia. ¿Os persuadís, amados conciudadanos, que los gachupines, hombres desnaturalizados, que han roto los mas estrechos vínculos de la sangre, ¡se estremece la naturaleza! que abandonando á sus padres, á sus hermanos, á sus mujeres y á sus propios hijos, sean capaces de tener afectos de humanidad á otra persona? ¿Podreis tener con ellos algun enlace, superior á los que la misma naturaleza puso en las relaciones de su familia? ¿No los atropellan todos por solo el interes de hacerse ricos en la América? Pues no creais que unos hombres nutridos en estos sentimientos, puedan mantener amistad sincera con nosotros: siempre que se les presente el vil interes, os sacrificarán con la misma frescura que han abandonado á sus propios padres.—¿Creeis que al atravesar inmensos mares, exponerse al hambre, á la desnudez, á los peligros de la vida, inseparables de la navegacion, lo han em-

prendido por venir á haceros felices? Os engañais, americanos. ¿Abrazarian ellos ese cúmulo de trabajos, por hacer dichosos á unos hombres que no conocen? El móvil de todas esas fatigas no es sino su sórdida avaricia: ellos no han venido sino por despojarnos de nuestros bienes, por quitarnos nuestras tierras, por tenernos siempre avasallados bajo de sus piés.—Rompiamos, americanos, esos lazos de ignominia con que nos han tenido ligados tanto tiempo: para conseguirlo, no necesitamos sino unirnos. Si nosotros no peleamos contra nosotros mismos, la guerra está concluida y nuestros derechos á salvo. Unámonos, pues, todos los que hemos nacido en este dichoso suelo, véamos desde hoy como extranjeros y enemigos de nuestras prerogativas á todos los que no son americanos.—Establezcamos un congreso que se componga de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este reino, que teniendo por objeto principal mantener nuestra santa religion, dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas á las circunstancias de cada pueblo: ellos entonces gobernarán con la dulzura de padres, nos tratarán como á sus hermanos, desterrarán la pobreza, moderando la devastacion del reino y la extraccion de su dinero, fomentarán las artes, se avivará la industria, haremos uso libre de las riquísimas producciones de nuestros feraces países, y á la vuelta de pocos años, disfrutarán sus habitantes de todas las delicias que el Soberano Autor de la naturaleza ha deramado sobre este vasto continente.”

XXIX.

Hidalgo no tardó en salir de Valladolid, pero antes tuvo una torpe complacencia: los que lo rodeaban, gente vulgar,

campesinos convertidos en guerreros en un día, odiaban y mas que odiaban, encontraban una satisfaccion para sus instintos en cebar su ira con los europeos prisioneros. Estas aberraciones que se notan en el vulgo de todas las revoluciones sociales, y que los caudillos mas prestigiados no pueden las mas veces contener, si no manchan los principios que se proclaman, si son perfectamente inútiles; pero ni el historiador, ni el filósofo, pueden condenar por ella á los corifeos revolucionarios; los acontecimientos, como se ha dicho antes, son á veces mas fuertes que los hombres, y los arranques de una multitud desenfadada no son fáciles de contener. Hidalgo, sea por estas razones, sea por una debilidad disculpable, dejó impasible que la gente que lo acompañaba degollase á los prisioneros españoles. Poco importa el número de víctimas; el hecho tiene que juzgarse de igual modo, como triste consecuencia de la exaltacion de los ánimos y de los ódios de aquel tiempo.

Entre tanto, Calleja avanzaba sobre Guanajuato, defendida por Allende, y la tomaba á la fuerza, ensangrentando su triunfo con degüellos inútiles, con fusilamientos en masa, con ejecuciones violentas.

Hidalgo, sin atender á las indicaciones de Allende, que le pedia auxilios, y con el pretexto de organizar la provincia de Nueva-Galicia, se dirigió á Guadalajara.

XXX.

La provincia de Nueva-Galicia, que despues se ha llamado Estado de Jalisco, estaba en aquellos dias por completo en poder de los insurgentes. Un humilde campesino de

San Pedro Piedra-Gorda, D. José Antonio Torres, después de dos brillantes victorias, se había apoderado de Guadalajara, sin que sus triunfos fuesen manchados con ningún acto de violencia; y el cura Mercado, de Ahualulco, comisionado por Torres, se había apoderado del puerto de San Blas, de modo que al llegar Hidalgo á Guadalajara, toda la provincia había alzado la bandera de la rebelion, en contra del gobierno español.

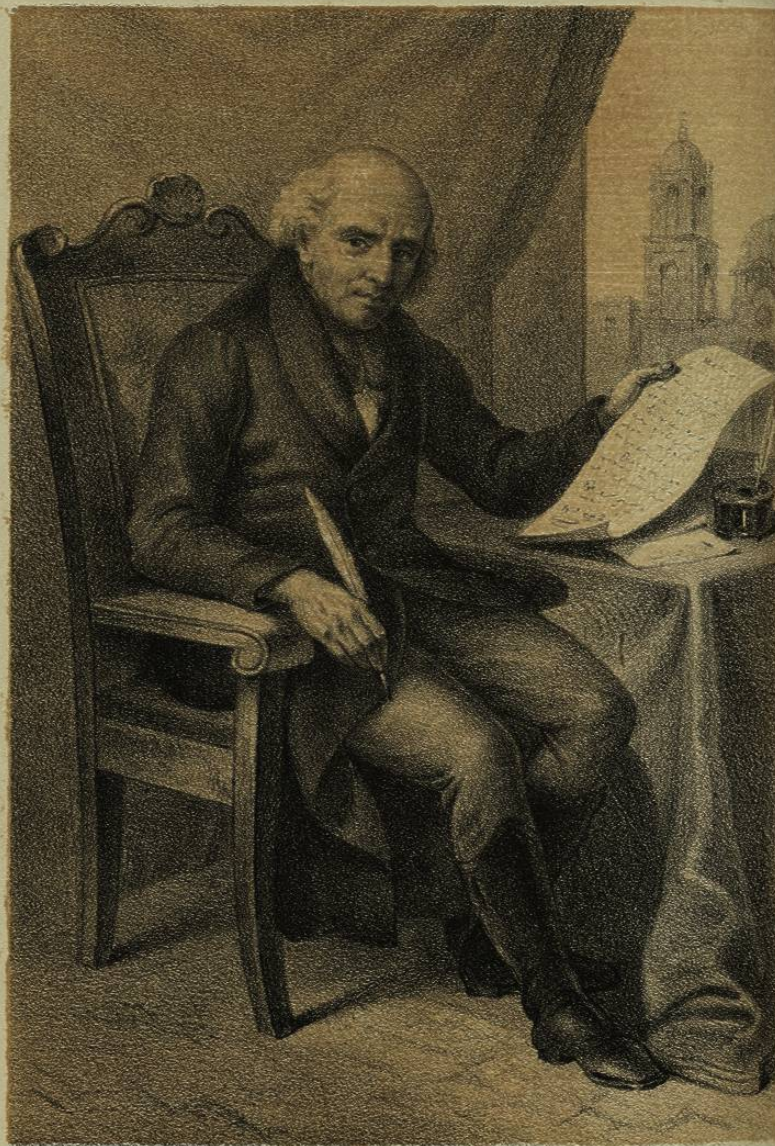
El camino fué para Hidalgo una série de ovaciones, y su entrada á Guadalajara un verdadero triunfo.

Las principales autoridades salieron á su encuentro, los canónigos, los vecinos mas notables los acompañaban; las fuerzas de Torres y el batallon provincial, le formó valla y le hicieron los honores de generalísimo; en la catedral se cantó un solemne *Te Deum*; y las corporaciones y los colegios pasaron á felicitarlo al Palacio, donde los recibió bajo el docel, esmerándose en contestar con mayor cuidado á los colegios, con aquel buen decir y elegante oratoria que le eran característicos.

En Guadalajara fué donde Hidalgo pensó organizar por primera vez el gobierno. Para esto nombró dos ministros, uno de Gracia y Justicia, que lo fué el Lic. D. José M. Chico, y otro con el carácter de universal, llamado de Estado y del Despacho, para cuyo puesto fué designado el Lic. D. Ignacio López Rayon, que había fungido hasta entonces como secretario particular del generalísimo. Para los decretos adoptóse el siguiente encabezamiento:

DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA, GENERALÍSIMO
DE AMÉRICA, ETC.

“Desde el feliz momento en que la valerosa nacion americana tomó las armas para sacudir el pesado yugo, que por espacio de cerca de tres siglos la tenía oprimida, uno de sus principales objetos fué extinguir tantas gavelas con que no podía adelantar su



S. BERNANDEZ, LITOG.

LIT. DE M. URIARTE, MEXICO

HIDALGO FIRMA EL DECRETO DE ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

fortuna, mas como en las criticas circunstancias del dia no se puedan dictar las providencias adecuadas á aquel fin, por la necesidad de reales que tiene el reino para los costos de la guerra, se atiende por ahora á poner el remedio en lo mas urgente por las declaraciones siguientes:"

Y se nombró un ministro plenipotenciario cerca del gobierno de los Estados-Unidos, que lo fué el jóven D. Pascasio Ortiz de Letona, (1) facultado para celebrar con aquella república una alianza ofensiva y defensiva.

XXXI.

Hidalgo estableció ademas un periódico con el título del *Despertador Americano* para propagar las ideas de la revolucion, aprovechando para ello la imprenta que existia en Guadalajara. Hizo ademas, promulgar de nuevo las disposiciones aboliendo la esclavitud, los títulos y los estancos de la pólvora y el papel sellado, en cuyo decreto decia:

"1° Que todos los dueños de esclavos deberán darles libertad dentro del término de diez dias, so pena de muerte, la que se aplicará por trasgresion de este artículo.

"2° Que cese para lo sucesivo la contribucion de tribu-

(1) Letona partió á desempeñar su comision; pero en el pueblo de Molango, en la Huasteca, fué sorprendido y se suicidó cuando ya iba á ser fusilado.